

dida de todos los buques nuestros en las aguas de Holanda, cosa lamentable para los españoles, porque no se podía prevalecer allí sin combinar sábiamente las operaciones terrestres con las operaciones marítimas. Así llegaron los últimos extremos del sitio de Leyden, de aquella ciudad, dentro de cuyas murallas habian muerto mas de diez mil combatientes. Y cuando ya estaban á punto de rendirse por hambre, idearon un desesperado arbitrio, es á saber; la ruptura de los diques, bajo cuyo amparo se dilatan las verdes y hermosas campiñas de Holanda. Los soldados reales, sorprendidos por aquel diluvio, se retiraban paso á paso, llevándose la tierra por la inundacion amenazada hasta en sus petos y en sus cascos. Así como Numancia y Sanguento se dieron á las llamas, Leyden se dió á las aguas en su desesperacion; y vióse con asombro bogar entre los tejados de las casas, entre las copas de los árboles, centenares de bajeles con cañones de bronce y tripulaciones de guerra para pelear, y chatos de quilla para poder deslizarse por las sinuosidades varias abiertas, como surcos terribles, en aquella desigual inundacion. Así fué socorrida Leyden; y aun puede asegurarse que así fué salvada Holanda. Los españoles combatieron entre las aguas con su prodigioso heroísmo. Aquellas águilas del aire parecian haberse trocado en feroces lobos marinos, cuando tuvieron necesidad de pelear entre los remolinos de las aguas. Pero la resolucion de Leyden demostraba que no se podía vencer á un pueblo de tal pujanza, ni luchar á un tiempo con la naturaleza y con la Providencia. Los sublevados llevaban en sus sombreros una media luna, que decia: «antes al turco que al Papa.» Y tras de Leyden veíase surgir á toda Holanda, separándose para siempre de la corona de Felipe, y rompiendo los lazos que desde los tiempos de Cárlos V hasta entonces la uniera estrechamente á la nacion española y á la Iglesia católica.

Y cuenta que si el valor y la fuerza pudieran vencer á las ideas, España hubiera vencido entonces, por su arrojo increíble y por su heroísmo superior á la frágil naturaleza humana. La campaña de 1575 no tendrá segundo ejemplar en los anales de la gloria. La toma de Buren; el asedio á la isla de Linart con agua al cuello, y la racion y la pólvora en la cabeza; el paso por los canales y las lagunas de Oudewater; las correrías al través de las poblaciones zelandesas, del Mosa y del Escalda, con lodo á la cintura, y bajo diluvios de

fuego; el combate con las mareas, en cuyos remolinos los nuestros preferian ahogarse antes de retroceder un paso; la victoria sobre Duiverland, que parece obra de la fantasía y no de la realidad; todo aquel poema de hazañas increíbles quedará en la memoria humana, como milagro de arrojo y de constancia, y como ejemplo de las mas altas y mas contradictorias virtudes en las incidencias y en los empeños de la guerra. Nunca se vió tan claro que las voluntades individuales mas incontrastables no pueden contrastar los decretos de la Providencia, quien impulsa con su aliento soberano hácia lo porvenir las misteriosas corrientes del progreso. Requesens murió á cinco de marzo de 1576. El gobierno fué á dar en el Consejo de Estado; y el Consejo de Estado se dividió en hispanienses y patriotas, entendiéndose algunos de estos con los principales jefes de la insurreccion y especialmente con el príncipe de Orange. Aquella debilidad en el poder supremo, tan fuerte antes; aquella division, sucediendo á la unidad que dieran al Estado Margarita, Requesens y Alba, prestó vigor extremo á la revolucion y facilitó desmedidamente su victoria. Los patriotas del Consejo aprisionaron á los hispanienses. Las diez y seis provincias, excepcion hecha del Luxemburgo, se apartaron de la corona española. Reuniéronse los Estados generales en Gante; y proclamaron el armamento general y la alianza con Francia é Inglaterra. Las calles mismas de Amberes, donde teníamos ciudadela tan poderosa y formidable, ardieron á una en revolucion. Y no hubo mas remedio que nombrar generalísimo y regente á D. Juan de Austria.

La envidia de Felipe II habia detenido aquel nombramiento impuesto por la necesidad. D. Juan, requerido por las principales potestades de Europa; ensalzado por el jefe de la Iglesia católica; puesto sobre el pavés por todas cuantas tropas de mar y tierra dirigiera y mandara; solo encontraba ceñudo y desabrido á su hermano, el implacable D. Felipe. Como fuese antes de partirse para Holanda con algunas pretensiones al Escorial; y en el momento de prestar homenaje á la Reina, hiriera con la contera de su espada levemente al Rey en las cejas, asáltóle súbito la idea de arrojarse por una ventana del monasterio: que tal terror le inspiraba su sombrío deudo y absoluto monarca. Por octubre de 1576 viajaba Octavio de Gonzaga con un criado, á quien mas parecia servir que mandar. Este criado no era otro sino el

mismo D. Juan de Austria en persona, quien se disfrazara de siervo y tiñera pelo y rostro con tal perfeccion que nadie lo hubiera tras aquellos afeites y disfraces adivinado y conocido. Así llegó hasta Luxemburgo, único territorio de los conocidos con el nombre general de Flandes que aun permanecía fiel á la corona de España. La política mas que la guerra debía entonces y allí ensayarse. Bajo tal acuerdo, el príncipe mandó suspender todas las hostilidades. En cumplimiento de tal orden los españoles, de guarnicion en la fortaleza de Gante, no se defendieron, aunque los asediaban veinte mil sublevados. A tal mansedumbre incomprensible despues de tantas crueldades, rindiéronse algunos rebeldes, y declararon reconocer en el nuevo gobernador al antiguo Rey, si sacaba todas las tropas españolas del reino. La idea tomó tal cuerpo que penetró en los Estados Generales, y los Estados Generales creyeronla de tal importancia que diputaran un embajador á D. Juan, con quien firmaron la paz de Gante publicada en Bruselas por febrero del setenta y siete y conocida en la historia con el nombre de Edicto perpetuo.

El horror de los españoles á la retirada es fácil de comprender aunque sea difícil de pintar. Dávila no queria entregar la fortaleza de Amberes, ni aun despues de recibir una carta del Rey. Muchos de aquellos héroes se dispersaron y murieron desgraciadamente, por no asistir con su presencia en aquellos momentos á la inverosímil flaqueza y debilidad del gobierno. En efecto, las dos importantes provincias de Holanda y Zelanda, puestas bajo la direccion ya del príncipe de Orange, no entraron en el pacto, y su ejemplo comenzó de nuevo á suscitar dificultades, surgidas principalmente con ocasion de las aplicaciones dadas á las cláusulas, donde se contenian los cánones relativos á la paz religiosa. D. Juan se vió hasta en el trance de caer prisionero; y tuvo que apelar al engaño para conseguir una fortaleza en el territorio donde creia tener su hermano un trono. Así concluyó por dirigirse á los jefes de los tercios de Flandes, y conjurarles á un nuevo ingreso en el reino abandonado á la traicion y á la perfidia.

Los tercios volvieron, pues, á Luxemburgo. Alejandro Farnesio, nieto del Emperador por hijo de Margarita, los acompañaba, luciendo ya en su frente las predestinaciones del genio. D. Juan le recibió con mucho agrado; y se holgó de tener consigo á quien, despues, habia de ser con él aclamado entre

los mayores capitanes de aquella fecundísima centuria. Bien pronto hicieron sentir al enemigo la fuerza de su brazo. A tres leguas de Namur se vieron españoles y flamencos; y á tres leguas de Namur lucharon. Menos en número los españoles triunfaron por completo. Nuestra caballería, sin auxilio de otras armas, desbarató diez mil infantes, y causó la dispersion de los rebeldes. A tal triunfo, desalojaron á Bruselas los enemigos, y cayeron los españoles sobre multitud de ciudades, rescatando provincias como el Henao y cometiendo hazañas como las de Limburgo y de Dahlen. Imposible presentir cuánto hubiera hecho D. Juan, aquel vencedor en mil encuentros, de no haberle atajado en su camino la muerte, sobrevenida, tras unas horribles tercianas, por octubre de 1578, á los treinta y tres años de su edad, entre las lágrimas de todo su ejército, y con el dolor hasta de sus mayores enemigos, quienes veían acrecentarse de modo desmedido, entre las sombras de su ocaso, los resplandores de aquella ingente gloria.

Nadie con tantos títulos y aptitudes para sustituir al de Austria como su sobrino el de Parma. Comprendiólo así Felipe II, y sancionó la designacion del jóven hecha por D. Juan á la hora última de su existencia. El sitio de Maestrich demostró bien pronto la felicidad de la eleccion. Por marzo de 1579 apretó la ciudad con tanta fuerza que no se registran en la historia muchos asedios tales en lo empeñados y sangrientos. Inútilmente intentaron los rebeldes socorrerla, inútilmente: las trazas de Farnesio impedian todo auxilio y apretaban furiosamente la ciudad herida con todos los ardides mayores de la guerra unidos á los mayores esfuerzos. Por fin Maestrich sucumbió y las tropas vencedoras de la ciudad revolucionaria se dieron á todos los excesos propios, en aquellos horribles tiempos, de tan cruentos triunfos. Trescientos habitantes quedaron solo con vida. Diez y ocho mil murieron á cuchillo. Pero el mérito de Farnesio no consistió tanto en sus maniobras militares como en sus tratos diplomáticos. A guisa de buen italiano reunia con el coraje de un guerrero heróico la prudencia de un político astuto. A virtud de tal idoneidad comprendió bien pronto el flaco de su enemigo, que se hallaba en irreparable division. Las provincias valonas se inclinaban mas al catolicismo que las provincias holandesas y zelandesas, aunque unas y otras se inclinasen á su separacion é independenciam de la corona española. Sucedia en Flandes algo

de lo que sucedía en Alemania. Las regiones del Norte se inclinaban más que las regiones del Mediodía, en aquellos instantes supremos, á la religion luterana. Bien es verdad que Guillermo de Orange, Luis de Nassau, y otros magnates habian sido respecto á la revolucion religiosa en Holanda lo que Federico de Sajonia y los Landgraves de Hesse, y los Marqueses de Brandeburgo respecto á la revolucion religiosa en Alemania. Guillermo de Orange tenia el protectorado de Holanda; y no toleraba transaccion ninguna en la cuestion religiosa, como si presintiese con los presentimientos propios del genio cuánto aquella fidelidad al principio revolucionario serviría en lo porvenir á su descendencia, y la conducía de la mano á sentarse allá en la cima del mundo, en la Sede altísima del trono constitucional de Inglaterra. Pero Felipe II, que sintiera en toda la guerra de Flandes accesos opuestos de transaccion y de intransigencia, comprendió por las informaciones de Alejandro Farnesio como debía tender á salvar por lo menos las provincias valonas, ya que no pudiese de ningun modo salvar el resto de sus Estados, contrarios á él, mas que por razones políticas fáciles de vencer, por razones invencibles de religion y de creencia.

Alejandro asedió con su hábil diplomacia en tratos y contratos sucesivos las provincias valonas, mostrando para este sitio político tanta prudencia como arrojo en Maestrich mostró para el sitio militar. Ayudáronle mucho los nobles de aquellas provincias heridos por la intolerancia protestante y tan cansados de la dominacion del príncipe de Orange como de la dominacion del monarca de España. El obispo de Arras, especialmente, no perdonó medio de llegar á una inteligencia. Por ley natural de los sucesos, las estipulaciones debían adolecer de cierta dureza para justificar la separacion de un haz hasta entonces unido y apretado. Estipulóse, pues, que en el término de seis semanas saldrían de los Países Bajos todas las tropas españolas, sin que pudieran volver á presentarse allí, sino por llamamiento expreso de las provincias mismas; resucitándose con este privilegio todos los demás, así políticos cual administrativos y económicos, segun se gozaron ya en los tiempos anteriores á la guerra. Comprendiendo el de Orange todos los peligros encerrados para él y su causa en este convenio conocido con el nombre de concierto de Arras, provocó una confederacion entre las provincias más importantes

conocida desde entonces hasta hoy en la historia con el nombre muy expresivo y muy célebre de la union de Utrech. Las provincias confederadas formaban una sola nacion, aunque dividida en diversos Estados. Para defenderse contra el extranjero tales varios Estados debían ser uno solo; y para gobernarse á sí mismos debían ser múltiples y varios. En Holanda y Zelanda no se había de profesar públicamente otra religion que la Reforma ya establecida; mientras en las otras se dejaría el libérrimo ejercicio de las confesiones cristianas, sin que se pudiese ni atacarlas ni mucho menos imponerlas con los antiguos instrumentos de guerra y de violencia.

A pesar de las ventajas políticas y militares, que al Rey procurara su sobrino Alejandro Farnesio, la envidia de aquel no dejó en paz á este. Cuando todo lo conseguido, entre tantas dificultades, indicaba una extension de atribuciones, ideó Felipe, con su doblez taimada, el restringirlas á quien había triunfado por su causa. Y de tal irrevocable propósito impulsado ideó y ordenó que se dividieran los poderes, cediendo Francisco á su madre Margarita el civil, para quedarse tan solo con el militar y el guerrero. Al recibir Alejandro la noticia de division tan extraña, no pudo contener su resentimiento, ni dejar de pedir su relevo. Margarita, obediente siempre á las órdenes de su hermano, abandonó por la perturbada Flandes la pacífica Italia; pero, al presentarse de nuevo en los antiguos dominios de su regencia, viólos en tal manera desgarrados y cubiertos de sangre, que pidió ella misma repetidamente la continuacion de los poderes de su hijo, con lo cual veríase libre de presenciar en los años últimos de su trabajada existencia el horror de una guerra incesante. Convino en ello Felipe, y devolvió al Farnesio la unidad completa del poder supremo. Mientras tanto, el príncipe de Orange había reunido las provincias no valonas, es decir, el mayor número de las provincias flamencas, y las había embarcado en la resolucion de quitar ya hasta el nombre y el título exterior y vano conservados por deferencias comprensibles al poder y autoridad de Felipe. Proclamóse con toda solemnidad su destronamiento. Borráronse de todas partes sus blasones. Dejó de acuñarse moneda con su busto. Abatiéronse sus banderas. Y para que llegaran todos á entender cómo se había sustituido al reemplazado, llamó á ceñir la rota corona de Felipe á un Valois, hermano del rey de Francia, conocido en la historia con el nombre ilustre de